



# Marca y territorio



**Sebastián Barbosa**  
Diseñador

Imagina que te levantas de tu cama antes de que amanezca, te estiras un poco y espantas los últimos zancudos que no han terminado de picarte. Por un segundo, no recuerdas dónde estás, hasta que el aroma de un café calentado sobre un fogón de leña te recuerda que estás a más de 500 kilómetros de tu casa citadina, en plena selva, la selva más diversa del mundo, en el litoral del San Juan, en el departamento del Chocó, Colombia. Soplas un poco el café para darle un sorbo corto.

Levantas la vista y ves a una niña indígena que te mira sin sonreír, pero con una inmensa curiosidad. Le sonríes y logras que te muestre una sonrisa a la que le faltan los dos dientes frontales superiores. Entiendes que es muy pequeña para estar levantada a esa hora. Escuchas unas palabras que no entiendes y la niña sale corriendo; se le ha encargado una misión muy importante: ir hasta el río para avisar si ya está cerca el “Transmilenio de la selva”, una barca comunitaria que recoge a los trabajadores que van río abajo y que se puede ver porque está iluminada con velas que la revelan a una distancia de cientos de metros río arriba.

La oscuridad es total y lo único que ves son esas velas a la distancia, titilando y haciéndose cada vez más grandes. Es el momento de dejar el café, ponerse las botas, empacar tus cosas en la maleta de tela impermeable y pensar por unos momentos en cómo dar un taller de marca a una comunidad de mujeres indígenas wounam que tienen un producto artesanal maravilloso, con grandes posibilidades de mercado tanto en el país como en el exterior. Sin embargo, no hablan español, viven bajo un dominio patriarcal que les hace entregar sus ganancias a sus maridos y, para rematar la precaria situación, viven aisladas en su resguardo a orillas de un río que no es diáfano ni cristalino y que no tiene rocas que se asemejen a huevos prehistóricos.



La niña corre para avisarle a Euclides, nuestro guía, y al resto del equipo con el que viajo, que ya la barca está en el puerto. Serán otras tres horas río abajo desde el punto en el que estamos, una especie de isla en la mitad del río en la que solo hay una tienda, atendida por un paisa de unos 25 años, que llegó ahí quién sabe cómo, pero que tiene el negocio totalmente surtido de gaseosas, galletas, quesos crema y demás cosas que encontrarías en cualquier tienda de barrio de Medellín. El paisa se llama Ramiro, su esposa es una mujer indígena a la que no le pregunté su nombre, pero que cargaba en la cintura, mientras hacía los tintos al ritmo de un vallenato salido de un radio a pilas, a un niño de unos dos años profundamente dormido.

En el puerto hay mucho movimiento. Del Transmilenio de la selva bajan unos y se suben otros. Ves descargar costales, una máquina de coser, un televisor, una moto, un equipo de sonido, varios perros, una caja con pollos y otra con gallos de pelea, a los que embarcan con los ojos vendados como si fueran peligrosos criminales. De pronto, un muchacho de unos 15 años, negro y altísimo me extiende la mano y me dice: "Siga al fondo, paisa". A todos los que venimos de afuera nos dicen paisas sin importar si eres o no un paisa verdadero. "Hágase a la orilla que allá hay espacio". Miro y solo queda una silla al lado de una mujer totémica, que ocupa ella sola dos de las tres bancas de la fila. Sientes la mano callosa y áspera como el palo de un azadón y una fuerza descomunal que te sube a la barca con ligereza. El chico te sonríe, en verdad nos sonríe a todos como si su trabajo fuera el más feliz del mundo. Esa es la actitud de la gente de la zona, siempre sonríen. Bueno, no todos; los indígenas sonríen poco, por lo general sonríen entre ellos, pero no con los demás. Alguien me dijo alguna vez que los indígenas del litoral del San Juan se acostumbraron a ser invisibles y poco a poco se están volviendo transparentes. Ahora entiendo de dónde viene esa transparencia, pero en ese momento me pareció un comentario raro.



Al rato me despierta un barullo, y es que ya hemos llegado al Calima, un punto en el que el río se divide en dos y debemos cambiar de barca. La mayoría sigue en dirección opuesta a la que me dirijo. Desde este punto serán cuatro horas más navegando por un río más pequeño, bordeado por manglares a ambos lados del camino. La navegación se hace más lenta y el calor sofoca mucho más. Los sonidos de los pájaros se intensifican y esporádicamente nos cruzamos con otras barcas tripuladas por indígenas, en su mayoría niños y mujeres muy jóvenes. Al pasar de las horas, las barcas desaparecen y un puesto militar ocupado por unos seis soldados atrincherados en una especie de palafito nos detiene para requisarnos. Es una requisa muy ligera, casi por cumplir. Nos advierten que no se puede navegar después de las 6 de la tarde, que la situación está “candela”, nada raro en una región en la que no hay escuelas ni caminos, pero que, para el momento del relato, 2016, era una de las zonas en las que el conflicto armado estaba en su mayor auge, solapado por un acuerdo de paz bien intencionado pero inconcluso entre el gobierno colombiano y las que hasta ese momento eran la guerrilla más antigua del mundo: las FARC.

Sin embargo, nadie tuvo una expresión de extrañeza. En Colombia era costumbre que todo el tiempo la situación fuera “candela”, así que seguimos y en menos de media hora llegamos a nuestro destino: el resguardo indígena de Santa María de Pangalá. El resguardo está conformado por una serie de palafitos que en temporada baja parecen casas en el aire. La orilla del río está formada por una arena amarilla en estado de adobe permanente por la filtración del agua, entonces da igual tener botas, zapatos o andar descalzo, porque los pies se hunden y da lo mismo calzar o andar “con la pata al suelo” como nos sugirieron desde el momento de nuestro desembarque.

A vibrant sunset or sunrise over a body of water. The sky is filled with horizontal bands of color, ranging from deep purple and blue at the top to bright yellow and orange near the horizon. The water reflects these colors, creating a shimmering effect. In the foreground, a person is sitting on a log that extends into the water. The person is wearing a red shirt and dark pants, and their reflection is visible in the water. The overall scene is peaceful and atmospheric.

Euclides, nuestro guía, es también el líder comunitario del resguardo. Lo primero que nos dice es que cualquier cosa que vayamos a hablar con las mujeres se lo digamos a él primero, porque las mujeres no pueden hablar si no es por medio de sus maridos. Que no es machismo ni nada por el estilo, simplemente las mujeres son muy tímidas y no les gusta hablar con paisas ni personas de afuera. Y es notable, las mujeres no nos miran y se esconden cuando pasamos. El resguardo está lleno de niños de todas las edades. Es común que las mujeres tengan entre cuatro y cinco hijos cada una, empezando con sus procesos de crianza muy jóvenes.

Hemos llegado ya cayendo la noche y hemos estado viajando desde el amanecer. Euclides nos ha preparado lo que para él es una cena muy exclusiva: un humilde plato de arroz con carne, no con pescado que es lo común en el resguardo. Para mi sorpresa, nos ofrecen Frutiño, un polvo con sabor a frutas que puedes conseguir en cualquier supermercado de Bogotá. Una de las integrantes de mi equipo le pregunta a Euclides el porqué del jugo en polvo. La respuesta nos sorprende a todos: "No hay fruta", nos dice Euclides de una forma muy natural. El río se había llevado hace unos años los árboles de pan coger y no era económicamente sostenible para ellos volver a sembrar, porque una ONG les daba sagradamente una caja con alimentos enlatados, en los que venía una generosa "donación" del patrocinador de la dichosa caja, así como leche en polvo y diferentes sazonadores que les aliviaban a las cocineras la labor de picar hierbas y la elaboración de adobos entre muchos "alimentos" que poco a poco estaban reemplazando las comidas tradicionales del resguardo. Obviamente, los empaques de plástico y diferentes bolsas de frituras flotan a la orilla del río.

Es difícil imaginar que en medio de una riqueza natural sin comparación en el mundo no puedas conseguir fruta para hacer un jugo, pero pasa. Al día siguiente nos espera el motivo de nuestro viaje: desarrollar un taller de marca para crear una identidad que permita la comercialización de las artesanías en un mercado global. Me río. ¿Sabrá la señora o el señor elegante e interesado en lo "autóctono" que su pequeño cesto tejido en mimbre con patrones "mágicos" y "ancestrales" está hecho a las orillas de un río olvidado en el que los niños corren descalzos sobre bolsas vacías de papas fritas y polvos de colores?

El ataque moralista me dura poco, me vence el cansancio. La selva empieza a cantar con la voz de miles de grillos, sapos, ranas, borrachos, zancudos y poco a poco me dejo abrazar por Morfeo. El sueño me dura poco, pero ya amanece y debemos empezar a las 8 en punto. Vuelvo a reírme, la gente nunca llega a tiempo por estas tierras, y no porque no quieran. Algunas mujeres no están en el resguardo, sino que están en un pequeño municipio a dos horas río arriba, haciendo una minga para construir un salón comunal. Entonces las ocho serán las diez y seguramente las diez serán las once. Efectivamente, empezamos a las 2 de la tarde.



En la maloca, con techo de zinc donado, estaban reunidas unas 200 personas. En una de las esquinas hay un grupo de unas 50 mujeres, algunas ya entradas en años y la mayoría muy jóvenes. En la mitad del recinto había un tablero blanco, una mesa con cartulinas y colores, dos marcadores que teníamos que hacer rendir y muchos niños. Euclides empezó a hablar en su lengua y con los demás integrantes del equipo nos miramos. Yo levanté ligeramente las cejas con un gesto preocupado ante la desaprobación de Alejandra, una chica supremamente joven, pero con más experiencia en campo que muchos con más años, pero con menos vida real. El taller lo empezó Daniel, un joven abogado caleño, que tenía la misión de explicarle la complicada jurisprudencia legal sobre la protección de la propiedad intelectual al grupo. La mecánica era la siguiente: Daniel hablaba, con una voz graciosa y ágil como un mago en una fiesta infantil, Euclides le ponía atención y luego Euclides traducía lo que él entendía. Daniel es un tipo muy inteligente y a punta de juegos y dinámicas arrancó sonrisas. Además, su camisa blanca y su corte prolijo lograron la atención de las mujeres, quienes lo miraban y hablaban entre ellas soltando sonrisas pícaras. Yo miraba todo, tratando de absorber el ambiente. Tengo en mí mucho de pensamiento mágico y creo que para lograr un buen logo se deben captar las energías emanadas del objeto que debe ser representado. Animismo gráfico podemos llamarlo, o de pronto es mi sangre indígena que vibra en el fondo de lo que debe ser mi herencia epigenética.

Luego es el turno de Alejandra. La miro admirado; a ella le tocó el chicharrón más grande. Antes de que toque mi turno, ella debe pedirle cuentas a la comunidad por unos tanques de agua que les dejó un donante muy importante. Le toca antes de mí porque la lancha va a pasar por ella en un par de horas, ya que debe ir a otro municipio, sola, a pedir cuentas también por un centro de conectividad de internet, donado también, del que luego me enteré de que se robaron hasta el último computador en el que solamente iban los muchachos a ver películas de Rambo y pornografía.



Euclides escucha a Alejandra atentamente, pero su gesto cambia. En un español muy precario, le cuenta a Alejandra que los tanques no funcionan, porque cuando los instalaron, los instalaron mal y no han podido hacerlos funcionar. Alejandra se molesta y le dice a Euclides que debieron informarle que esos tanques no funcionaban. Que ella necesita que la lleven hasta los tanques para verlos. Que no le importa si el sitio está lleno de maleza, pero que ella necesita llevar evidencia de los dichos tanques. Yo pienso que Alejandra es muy valiente y que está muy loca. Euclides accede a regañadientes y el taller se detiene. Euclides y Alejandra se van solos y yo le digo a Alejandra que la acompaño, pero ella me dice que no, que tranquilo, y yo la veo desaparecer loma arriba con Euclides.

Pasan dos horas. En ese rato almorzamos y veo de nuevo a los niños correr despreocupados sobre los empaques de frituras vacíos. Todos están panzones, pero no con una panza feliz y alimentada, sino con un nido de parásitos intestinales que me hace pensar también en la película Alien, el octavo pasajero. Se me acerca Daniel y le pregunto si no está preocupado por Alejandra y me dice que tranquilo, que en ese lugar los conocen y que Euclides es un tipo honesto. Yo solo miro el río y de pronto aparece Alejandra. Sonríe y yo respiro aliviado. Los dichos tanques están inservibles, pero están ahí y le sirven para tomar la foto de la “evidencia” para el donante. Alejandra no come, pero pide ir al baño y se aleja de nuevo. Ahora es mi turno. Mi estrategia es hacer dibujar a todos. Ponemos algunas reglas: el dibujo debe ser sencillo, debe ser significativo, debe contar una historia y donde no llegan las palabras, llegan los dibujos. Símbolo, ícono, marca, dibujo, dibujo, dibujo. Buscamos un nombre para la marca y aprendo algunas palabras, como que Phidag significa estrellas y que Onee significa “Feliz”.

Pienso que alguna vez alguien junto a ese río pensó en las estrellas o en lo que significa ser feliz y me maravillo ante el lenguaje. Pienso en qué punto se nos ocurrieron las palabras y divago un poco, mientras la comunidad se reúne a revisar en el tablero los dibujos que han hecho para buscar su marca. Discuten, ríen y elegimos una marca: será Oneé, es decir, Feliz, y el grafismo será un bello dibujo hecho por una indígena muy joven, que sabe dibujar porque en la escuela le enseñan. Todos aplauden y están de acuerdo. Yo no intervengo, yo los dejo hacer. Cuando llegue a mi taller en Bogotá, tomaré ese dibujo y en mi computador lo convertiré en un archivo digital que será reproducido cientos de veces.



En todos estos años, casi 17, he desarrollado una metodología muy sencilla pero efectiva para trabajar con las comunidades. Me callo y observo, dibujamos, ponemos límites, nos hablamos con respeto, pero sin eufemismos. Trato de entender, de escuchar, pero también me impongo. Soy fuerte en decir qué funciona y qué no, y entramos en una batalla creativa. Pienso que para lograr una comunicación efectiva debo alejarme de paternalismos y preconcepciones. Yo no llevo el conocimiento a ninguna parte; el diseño es una herramienta, es un puente que nos permite explorar y entender quiénes somos, por qué hacemos lo que hacemos, qué queremos contar y cómo queremos vernos. Me encanta, porque sin importar dónde estamos, si somos una gran compañía o un emprendimiento de mujeres indígenas, la marca nos permite desentrañar ese detonador que nos hace quienes somos.

Me ha picado un zancudo mientras doy el taller. Es justo debajo del ojo derecho y este empieza a inflamarse implacablemente. Una de las mujeres indígenas se escupe un dedo y me limpia el ojo. No sé qué decir. Euclides nos avisa que recojamos todo porque la lancha viene en 20 minutos. En ese momento, las mujeres nos rodean y empiezan a ofrecernos frenéticamente las vasijas y platos tejidos que hacen. Preguntamos el precio y sus maridos contestan. Compro un par de vasijas que ahora adornan mi escritorio. Llego a la lancha y nos perdemos río abajo.

Aquí se ha quedado el resguardo Santa María de Pangalá a la orilla del río. Observo las vasijas de mimbre y pienso en el logo. Luego me doy cuenta de que no tengo unos tenis azules que dejé en mi maleta. Sonrío imaginando a alguien corriendo con ellos sobre las bolsas desocupadas de papas fritas. No siento rabia ni tristeza, este es mi país, es mi Colombia en la que no hay fruta en la selva pero sí polvos de colores con sabor a fruta, en la que no importa si los tanques de agua de la beca se instalan, lo importante es la foto, la evidencia. Pero a mí sí me importa que el logo que salga de este taller funcione, que sea bello y significativo, como esas mujeres wounam que no hablan, pero que tejen el mundo y dan vida a la siguiente generación de gentes que llaman Phidag a las estrellas y que son Oneé, felices.



# La evidencia



**onee**

«•Es ser feliz•»

Artesanía original hecha por mujeres  
del Resguardo Indígena de Santa María de Pangala  
Litoral del San Juan, Chocó

Diseño, ilustración y texto:  
[sebastianbarbosa.com](http://sebastianbarbosa.com)